

PERSONA HUMANA Y EDUCACIÓN: RETOS PARA FORMAR AL BUEN CIUDADANO EN EL SIGLO XXI

HUMAN PERSON AND EDUCATION: CHALLENGES TO TRAIN GOOD CITIZEN IN THE XXI CENTURY

Juan David Velásquez Monsalve*

Rector del Colegio Sagrado Corazón Montemayor. Envigado. Colombia

juandvelasquezm@gmail.com

Resumen

En este trabajo nos ocuparemos de reflexionar acerca de los retos que enfrenta la educación durante los primeros años del siglo XXI, teniendo en cuenta que la formación de la persona y de las nuevas generaciones es una de las labores más importantes que el ser humano enfrenta. Después de revisar las diversas características de la sociedad de nuestro siglo, así como sus fundamentos ideológicos, se puede llegar a la conclusión que el relativismo filosófico y los estándares de utilidad económica y de practicidad que de él se desprenden, están siendo los modelos que imponen su mirada sobre la educación. Ante dichos retos, se hace necesario volver a lo fundamental; en ese sentido la recuperación del concepto de persona humana se torna una de las labores esenciales de la filosofía de la educación.

Palabras clave: Persona humana, buen ciudadano, agnosticismo funcional, relativismo, liberalismo, cultura juvenil.

Abstract

In this work we will reflect on the challenges facing education in the early years of the century, considering that the training of the person and of the new generations is one of the most important tasks that humans face. After reviewing the various characteristics of the society of our century, and its ideological foundations, we can conclude that the philosophical relativism and standards of economic utility and practicality of it off, being the models imposed his gaze on education. Given these challenges, it is necessary to go back to basics; in that sense the recovery of the concept of human being is one of the essential tasks of the philosophy of education.

Keywords: Human person, a good citizen, agnosticism, relativism, liberalism, youth culture

*Abogado de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB), Medellín. Teólogo de la Universidad Católica de Oriente (UCO), Rionegro. Candidato a Magister en filosofía de la UPB. Ha sido profesor universitario y escolar. Actualmente se desempeña como Rector del colegio Sagrado Corazón Montemayor, Colombia.

Recibido: 15 de Julio 2015 / **Aceptado:**31 de Agosto 2015

Introducción

Durante la primera mitad del siglo IV a.c, Platón, en una obra de su periodo de madurez, la República, reflexionando acerca de la justicia, se planteó cuáles serían las características que debería tener el Estado ideal. Acerca de esto el filósofo griego afirma categóricamente que el fin del Estado tiene que ser el bien común, “al formar un Estado, no nos hemos propuesto como fin la felicidad de un cierto orden de ciudadanos, sino la del Estado entero, porque hemos creído deber encontrar la justicia en un Estado gobernado de esta manera y la injusticia en un Estado mal constituido” (República, 420a). Para Platón el Estado justo es “un Estado en el que la felicidad no sea patrimonio de un pequeño número de particulares, sino común a toda la sociedad” (República, 420c).

Para llegar a dicho Estado justo, que vela por la felicidad de cada uno de sus ciudadanos, Platón plantea, entre otras cosas, una determinada organización y concluye que debe ser gobernado por filósofos. Independientemente de las discusiones que estas posturas puedan traer, resulta muy sugestivo cuando afirma que “todo Estado gobernado por leyes sabias (...) será muy grande, no digo en apariencia, sino en realidad, aun cuando no pueda poner sobre las armas más que mil combatientes” (423a). La grandeza del Estado no estriba en su mucha fuerza o poderío, sino que está en ser un Estado gobernado con sabiduría.

Ciudadanos que están enfocados en realizar aquello que les corresponde, guardianes orientados en la custodia del Estado y en la tranquilidad de los ciudadanos, gobernantes sabios y virtuosos, dedicados a la felicidad de los habitantes del Estado y encaminados para gobernar mediante leyes sabias. Poco más se podría pedir para tener un Estado ideal, y sin embargo Platón mismo lo hace. A pesar de la importancia de todos los planteamientos anteriores sostiene que:

Todo lo que nosotros, Adimanto, les ordenamos aquí no es tan importante como pudiera imaginarse, sino de poca monta. Interesa solamente observar un punto, el único grande, o más bien suficiente en vez de grande (...) La educación y la crianza. Si nuestros ciudadanos son bien educados y se hacen hombres en regla, verán por sí mismo fácilmente la importancia de todos estos puntos y de muchos otros que omitimos aquí (...); y verán, digo, que según el proverbio, todas las cosas deben ser comunes entre los amigos. (República, 423e)

No dejan de impresionar las palabras de Platón: “el único punto grande, o más bien suficiente” para tener un Estado justo es el de la educación y la crianza. Queda muy clara entonces, la posición del filósofo acerca de la educación del ser humano (del ciudadano en su tiempo). Constituye el “primer impulso” que el Estado necesita para ir bien: “en un Estado, si el primer impulso va bien, sigue agrandándose como el círculo” (424a) y por eso afirmaba que “los que hayan de cuidar de nuestro Estado vigilarán especialmente para que la educación se mantenga pura; y, sobre todo, para que no se haga ninguna innovación irregular” (424b).

Gran responsabilidad asigna el filósofo griego a la labor educativa, y no le faltaba razón. Hoy somos testigos de una sociedad que ha perdido de vista la importancia sustancial que tiene la educación. No solo por la falta de políticas públicas sobre el asunto, sino que sobre todo, aunque estas existan, en muchas ocasiones se olvidan los fines intrínsecos de la educación y la formación del ser humano. Se ha dejado de lado el carácter humanizador y personalizador de la educación.

Los planteamientos de Platón acerca de la importancia de la educación en el Estado buscaban responder a los problemas propios de su tiempo. El ocaso de Atenas después del grandioso siglo de Pericles, el mal gobierno de los líderes de turno, el auge de los sofistas y la decadencia del arte de la

retórica son algunos de los retos a los que se ve enfrentado el pensador griego. Vale la pena resaltar que debido a los planteamientos relativistas sobre de la verdad, la retórica se centrará en una *doxa* brillante y adornada, pero que solamente cumplía con la tarea de convencer al otro, aunque con la certeza interior de la imposibilidad del ser humano para acceder a la realidad.

Como consecuencia de la convicción de que el ser humano no podía conocer la verdad, la educación sofista se centró en la técnica retórica y en el arte de hablar bien y de convencer. La formación de entonces consistía en enseñar al joven habilidades y destrezas en oratoria y elocuencia, que le serían útiles para alcanzar el éxito, desligándose así de cualquier formación que platease la posibilidad de acceder a conocimiento verdadero y a una formación humana planteada con fines y criterios objetivos.

A pesar de veinticuatro siglos de diferencia, es posible afirmar que algunos de los retos a los que se enfrentó Platón en la Atenas del siglo IV a.C son muy similares a los que se nos descubren hoy. En este trabajo nos ocuparemos de reflexionar acerca de los retos que enfrenta la educación durante los primeros años del siglo XXI, teniendo en cuenta que la formación de la persona y de las nuevas generaciones es una de las labores más importantes que el ser humano enfrenta. Creemos que el análisis y el estudio del contexto en el que nos encontramos, nos permitirá aportar en la realización de un completo diagnóstico de la realidad actual; este debe convertirse en el punto de partida para refrescar, y en algunos casos ayudarnos a recuperar, la conciencia acerca de los fines últimos de la educación de la persona.

Desafíos del mundo actual

Al inicio de este nuevo siglo, constatamos muchos signos de esperanza en el mundo, con muchos adelantos en diversos campos. Mucho se ha avanzado en

asuntos que contribuyen al bienestar de los hombres y mujeres de nuestro tiempo: en el ámbito de la salud, de las comunicaciones, de la infraestructura y de la educación; sin embargo también comprobamos que siguen presentes y, mas aún, se han agravado, algunos rasgos que suscitan preocupación.

Es obvio que el primer paso para resolver un problema es reconocerlo, por ello tomar conciencia de los problemas del mundo actual, de sus características y de los desafíos a los que nos enfrentamos y que muchas veces atentan contra la dignidad del ser humano y ponen en riesgo su realización personal y comunitaria, no solo es una tarea muy necesaria, sino una responsabilidad ineludible. Querer educar a la persona sin detenernos a realizar un análisis de la sociedad actual, y más aún, sin una reflexión crítica, será no solo irresponsable, sino también una falta para con las personas que esperan respuestas para sus vidas.

Por otro lado es importante señalar que el tener una visión crítica del mundo y de los influjos de la llamada anticultura de muerte no puede de ninguna manera hacernos caer en negativismos o desesperanzas. Señalar los obstáculos y las dificultades no puede ser una excusa para el pesimismo. Debemos siempre acercarnos con una visión que nos permita vivir siempre el realismo de la esperanza: realismo que nos aleja tanto de una visión rosa y romántica del mundo y del hombre cómo también del pesimismo aplastante que no encuentra ninguna salida; y de esperanza porque sabemos que este mundo nuestro puede cambiar y puede ser mejor, porque sabemos que el ser humano es capaz de encontrarse y captar la realidad.

Vamos entonces a enumerar algunas de las características del mundo actual. Esta enumeración no pretende ser un análisis exhaustivo, ni tampoco agota todas las características o los desafíos a los que nos enfrentamos.

Agnosticismo funcional

Hace algunos años el ateísmo era una corriente que abundaba en las universidades y en muchos círculos de pensamiento. Una opción o una moda también en muchos de los jóvenes de los años 60 y 70. Sin embargo en el último tiempo el tema acerca de Dios ha adquirido otros visos. Desde hace algún tiempo se hace más común encontrarnos con pocas personas y con pocos intelectuales relevantes que se declaren ateos militantes.

Algunos pensadores contemporáneos sostienen que el elemento más delicado y grave que presenta la concepción de la sociedad actual es el “agnosticismo funcional”. Sin lugar a dudas este concepto busca expresar una situación de ruptura con Dios, sin embargo ya no consiste en la negación directa y discursiva, que esgrimía argumentos. El agnosticismo funcional no se preocupa por argumentar, debido a que justamente, consiste en la prescindencia y banalización cotidiana de Dios, en su marginación fáctica y efectiva de la vida personal, de la cultura y de sus manifestaciones. Julio Terán Dutari afirma que:

En este nivel práctico, el agnosticismo funcional puede ser un título adecuado para aquella mentalidad que no pretende polemizar contra la religión, el teísmo o la moral, ni siquiera negarlos, pero –admitiéndolos como simples hechos históricos o datos culturales y sociales– los enfrenta desde un horizonte relativista, sin ninguna vinculación con una verdad absoluta, ni con valores esenciales y permanentes; en definitiva, no admite ninguna trascendencia fuera del hombre mismo, y, por cierto, del hombre considerado en manera psicologista, historicista y sociologizante. (1997, p. 100)

Las consecuencias de este fenómeno son muy evidentes. Su fuerza difusiva hace que cada vez se convierta en algo más común. Dicha fuerza radica en parte en pasar desapercibido. Funciona como una especie

de “ateísmo práctico”. Podemos afirmar que este agnosticismo funcional hecho “cultura”, se ha convertido en el medio ambiente en el cual habita la persona humana en la sociedad actual.

Subjetivismo y relativismo

Dentro de esta sociedad agnóstica funcional, basada en una ideología permisiva e individualista, el subjetivismo y el relativismo se presentan como las formas correctas, y en muchos ambientes intelectuales, cómo la única manera de aproximarse a la realidad.

El subjetivismo, que consiste en la exaltación desordenada de lo subjetivo, del propio parecer, del querer personal, de la propia opinión y del propio gusto o disgusto, lleva a que lo real y lo verdadero se equipare con lo que al sujeto le parece o con lo que le gusta en un momento determinado, y por esto, en última instancia con lo arbitrario.

Para el pensamiento relativista dejan de existir las verdades objetivas y permanentes, que no dependen de tal o cual, sino que se basan en la realidad. De allí que todo se torne relativo y deje de existir realidad objetiva alguna, por tanto todo es subjetivo, todo se convierte en un determinado punto de vista, todo se vuelve *doxa* u opinión, y más claro aún, lo que vale y prima es la opinión y el punto de vista del más fuerte. De ahí que varios se refieran al relativismo actual como “la gran dictadura” (Barrio, 2011), o como una “nueva tiranía” (De Prada, 2009).

No puede pasar desapercibido que el relativismo es una forma de violencia contra la razón, y como agudamente lo señala José María Barrio:

Es una forma de pereza mental que constituye la más grave amenaza contra la cultura humana, dado que para un ser racional el modo propio de crecer –de cultivarse– es desarrollar su facultad racional, ampliar en extensión e intensidad su capacidad de hacerse cargo de la realidad y, en diálogo con ella, de sí mismo. (2011, p. 11).

Cultura de muerte y dimisión de lo humano

Decía el papa Juan Pablo II en el discurso inaugural de la tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla:

Quizás una de las más vistosas debilidades de la civilización actual esté en una inadecuada visión del hombre. La nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre, la época de los humanismos y del antropocentrismo. Sin embargo, paradójicamente, es también, la época de las más hondas angustias del hombre respecto a su identidad y destino, del rebajamiento del hombre a niveles antes insospechados, época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes. (1979).

La claridad del mensaje de san Juan Pablo II es más que elocuente. Vivimos en una cultura que continuamente se opone y renuncia a lo humano, y que por lo tanto se vuelve una cultura, o mejor una “anticultura de muerte” como también la llamó el mismo Papa.

Un triste rasgo de nuestro tiempo es que hay un oscurecimiento de la verdad ontológica del ser. Hoy se niega cualquier referencia a la naturaleza, y por lo tanto se niega la naturaleza humana, y cuando esto sucede, tarde o temprano, se coacta la libertad o se la desprecia; la humanidad cae en la barbarie. Muestra de esto son las racionalizaciones jurídicas contra la vida, tan presentes en nuestros días. El aborto, la eutanasia, la eugenesia, el racismo y la discriminación son claros ejemplos de los atentados actuales contra la naturaleza del ser humano.

Sociedad consumista

Aunque se habla cotidianamente sobre la necesidad de un orden justo y equitativo entre las naciones y entre los hombres, constatamos que las desigualdades cada vez van en aumento. La economía de consumo

superfluo y de producción innecesaria va degradando al ser humano y conduciéndolo a la masificación, convirtiéndose en una economía de la exclusión y la inequidad. El papa Francisco llama a la conciencia frente a esto y denuncia: “No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa. Eso es exclusión. No se puede tolerar más que se tire comida cuando hay gente que pasa hambre. Eso es inequidad” (2013, n. 53).

No es difícil constatar que el modelo de sociedad del siglo XXI se basa en un consumismo hedonista, fundado en la búsqueda desenfadada de placer sin límites morales y en donde el único límite es el poder del dinero. El consumismo va ligado a una sociedad permisiva, sin sólidos marcos morales, y de la cual ha sido excluida cualquier referencia objetiva.

Cultura del descarte

En medio de esta cultura consumista aparece como característica muy particular la rapidez con que las cosas “pasan de moda”. La lógica actual es la lógica de lo efímero, de lo pasajero, del usar y botar. La capacidad de durar ya no constituye una ventaja para los productos, por el contrario en la mentalidad de las personas ha ido ganando espacio el hecho de que las cosas solo sirven y son útiles tan solo por un momento determinado. Zygmunt Bauman describe muy bien esta situación, afirmando que “la alegría de deshacerse de las cosas, de descartarlas, de arrojarlas al cubo de la basura, es la verdadera pasión de nuestro mundo” (2008, p. 29).

Dicha forma de pensar adquiere visos de gravedad cuando el objeto de aplicación pasa a ser el ser humano y sus relaciones. Podemos afirmar que el modelo actual de sociedad tiene un factor altamente deshumanizante y atenta estructuralmente contra la dignidad de la persona porque ha terminado por considerar al ser humano como “algo” que es posible desechar, “como

un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a la cultura del “descarte”” (Francisco, 2013, n.53).

En esta cultura del descarte no solo las cosas, sino también las personas son valoradas no por su dignidad, sino por su rendimiento y beneficio. De igual manera los vínculos humanos pasan también a ser medidos por el mismo racero, de ahí que los demás en el momento en que hayan terminado su “vida útil”, ya sean compañeros de trabajo, amigos, novios o incluso cónyuges podrán ser dejados a un lado.

Liberalismo y globalización

La ideología del liberalismo sirve de base para la sociedad actual. Dicha corriente se basa en la hegemonía del individuo en competencia con la sociedad. Es una ideología con rasgos marcadamente egoístas e individualistas, que defiende la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera; que se olvida del hombre concreto, de aquel que vive, sufre y que tiene hambre, del hombre que trabaja, se divierte, que tiene ansias de reconciliación y de encuentro con el otro. Lo único importante es el confort, el gusto y disgusto, el bienestar personal, la propia comodidad y prosperidad económica. Y todo esto sin importar el otro.

Esta doctrina plasmada en el mundo económico se traduce, no con poca frecuencia, en injusticia, en pobreza y desigualdad, y es que mientras las ganancias de unos pocos crecen exponencialmente, las de la mayoría se quedan cada vez más lejos del bienestar de esa minoría. Se trata pues una ideología que tiene una visión mutilada y mutilante de la persona humana.

El liberalismo es también fundamentalmente agnóstico, lo que lleva a que la moral sea algo “de cada uno”, de carácter privado y absolutamente autónoma. No existe en el liberalismo un sistema moral sólido, y la ética no solo depende del capricho y del gusto de la mayoría, sino que además “suele ser mirada con cierto desprecio burlón.

Se considera contraproducente, demasiado humana, porque relativiza el dinero y el poder” (Francisco, 2013, n. 57).

En esta ideología se diviniza el concepto de “libertad”, pero obviamente mal entendida. La libertad se entiende como el “hacer lo que me da la gana” o “lo que me gusta” o “lo que me haga sentir bien” y deja de ser una adecuada y correcta opción por el bien que responde a mi naturaleza humana.

Hasta hace algunos años este modelo de vida, de entender al ser humano y la vida social y económica reñía con otro tan o quizá más equivocado en su aproximación al ser humano: el marxismo. Sin embargo después del derrumbamiento de la ideología marxista. El modelo triunfante liberal occidental ha comenzado a universalizarse.

El fenómeno de globalización no solo se da en el campo económico sino que va abarcando toda la cultura. Tal proceso de homogenización, que no siempre es aséptico, trae consigo un reto a la identidad personal y a las tradiciones y culturas de los pueblos. No se puede ignorar que la globalización con su carga de ambigüedad conlleva el peligro de cierta hegemonía cultural y económica que puede incidir gravemente sobre pueblos menos desarrollados y dependientes.

Este fenómeno se ve hoy acrecentado y acelerado por los medios de comunicación y también por las tecnologías, cuyo desarrollo ha alentado en muchos casos a una “ideología del progreso” que desconoce su valor instrumental, como si ella por si sola pudiera resolver los inmensos problemas de la sociedad.

La desintegración familiar

La familia viene sufriendo una intensa crisis desde hace ya un buen tiempo. “En el mundo de la modernidad líquida, la solidez de las cosas, como ocurre con la solidez de los vínculos humanos, se interpreta como una amenaza” (Bauman, 2008, p. 28). La identidad familiar sufre un saqueo

sistemático que busca la disociación entre la familia y el amor conyugal, de la vida concreta de la familia y la pareja.

Etiquetas como “familia reconstruida” “familia monoparental” “familia disfuncional” no son solamente manifestaciones de una realidad cultural, sino que constituyen, en el fondo, la aceptación de tales situaciones como normales y en muchos casos como las “ideales”.

La actual ideología anti familia no solo afecta la identidad propia de esta institución, fundamento de la sociedad que se basa en la unión indisoluble de un hombre y una mujer, sino que impacta directamente en el desarrollo de los niños y jóvenes de nuestro tiempo.

La legislación arbitraria contra la familia, de la cual somos testigos: matrimonio entre cualquiera y derecho de adopción de hijos por parejas del mismo sexo, es tan solo una muestra de la orquestada confabulación contra la institución familiar. Poco a poco la familia basada en la unión de un hombre y una mujer va convirtiéndose en algo extraño, en lo raro y en lo poco común.

Otros desafíos

No podemos dejar de señalar que el terrible flagelo de la pobreza, la plaga de la guerra y la amenaza terrorista son también rasgos muy marcantes y desafíos urgentes de nuestra sociedad actual.

La realidad Juvenil y sus retos

Las características que se han enumerado, muchas de ellas con rasgos deshumanizantes, repercuten directamente en los jóvenes. Los impactos del agnosticismo funcional, del relativismo o de la crisis familiar, inciden directamente en la vida y en la manera de pensar y de aproximarse a la realidad de los jóvenes a los que buscamos educar. Dichos desafíos hay que tenerlos siempre en cuenta a la hora de querer entender qué le pasa a los jóvenes que están en nuestras escuelas y universidades,

a quienes queremos y tenemos el reto de formar como personas integrales, libres y comprometidos con la construcción de una sociedad justa, solidaria y reconciliada. El gran educador Alfonso López Quintás (1990) sostiene con acierto:

La primera tarea del educador es conocer de cerca a los destinatarios de sus afanes pedagógicos: la situación en que se hallan, los problemas que los acosan, los horizontes de todo orden que envuelven su actividad y orientan sus anhelos y afanes. Problema bien planteado es problema medio resuelto. El problema de educar a una persona o a un pueblo queda en buena medida dominado si tenemos una visión profunda de las circunstancias que deciden entre bastidores el comportamiento de los mismos. (p. 21).

Nos detendremos ahora en algunos aspectos concretos de esta realidad juvenil, que caracteriza a los jóvenes de comienzos del siglo XXI, convencidos con López Quintás que “Toda labor educativa debe partir de un análisis muy aquilatado de las motivaciones profundas de la conducta humana” (p. 21).

Actitud de búsqueda

Quizá uno de las características de la juventud es la actitud de búsqueda. Búsqueda de respuestas a las preguntas más importantes de la vida y que con la adolescencia y la juventud comienzan a aparecer: ¿Quién soy? ¿de dónde vengo? ¿Hacia dónde voy? ¿Cuál es el sentido de mi existencia? Obviamente esta es una actitud presente en todos los seres humanos, sin embargo en los jóvenes se presenta con mayor fuerza, con mayor pasión (por llamarlo de alguna manera). López Quintás (1990) señala que “La sinceridad absoluta en la búsqueda y defensa de la verdad es altamente estimada por los jóvenes, que no suelen temer tanto el sacrificio cuanto el sinsentido de muchos sacrificios que a veces les exigimos los mayores” (p. 20).

Es evidente que cuando se busca es porque se quiere encontrar respuestas o por lo menos, se ha de encontrar algo que intente responder a los cuestionamientos. Esta parece la clave para entender muchos de los comportamientos y de las cosas que hacen los jóvenes.

Si se comienza a buscar la felicidad plena y no se obtiene nada que llene y que responda a estas ansias, la consecuencia será dedicarse a tratar de llenar dichos anhelos con los sucedáneos que se encuentren en el camino: con la búsqueda de poder, de tener y de placer. Con las cosas que la sociedad de consumo muestra como las mejores.

Las drogas, el alcohol, el sexo desordenado, y otras adicciones constituyen en el fondo algunos sucedáneos que ofrece la anti cultura, ante el anhelo de respuestas de los jóvenes, quienes al no obtener respuestas satisfactorias, buscan llenar sus vacíos con sensaciones. La no obtención de respuestas llevará a la fuga de la realidad por medio de cualquier distractor que se encuentre.

Profunda hambre de Dios

La actitud de búsqueda de sentido para sus vidas es en el fondo consecuencia de un profundo hambre de Dios. El hambre y el anhelo de Dios es una característica de todo ser humano que nos marca en lo más profundo de nuestro ser,

La evidencia de que el hombre no tiene su vida completamente en sus manos se incluye, como uno de sus aspectos fenomenológicamente más inmediatos, en la humana tendencia a preguntarse por el sentido de ella, tendencia que conduce de forma espontánea –a no ser que la razón se haga violencia a sí misma– al planteamiento de su dimensión trascendente y religiosa. (José María Barrio, 2010, p. 306).

Y como se ha señalado anteriormente, durante su juventud el ser humano experimenta de una manera muy particular dicho anhelo.

Existe el gran peligro de confundirse y de tratar de llenarse con otras cosas, sin embargo es clave que entendamos esto y no tener miedo de evidenciarlo. El tema de Dios no puede ser extraño para la cultura y de hecho no lo es para los jóvenes, por el contrario no deja de sorprender su gran sensibilidad espiritual.

El anhelo de Dios y la capacidad para sorprenderse con las cosas sobrenaturales es algo que muchas veces pasa desapercibido, sin embargo, la capacidad y la sensibilidad ante lo simbólico, ante la liturgia y ante el misterio, también esta muy presente. La capacidad de entender a Dios y de relacionarse con Él de manera cercana y amical van muy ligadas.

La fuerza con que el adolescente y el joven sienten mas intensamente este hambre de Dios y este anhelo de interior lo ponen en una situación privilegiada, en una situación muy valiosa para descubrir el sendero que los puede llevar a la vida plena, a la felicidad, a la plenitud.

Anhelo de encuentro

El anhelo de encuentro con los demás y de amistad, así como la capacidad para generar amistades profundas, marca la época de la juventud, José María Barrio (2009) sostiene que “Por su naturaleza social, el hombre vive la necesidad de ser acogido por sus semejantes. Esto es muy humano, pero se advierte de manera especial en la gente joven” (p. 84). Hay un gran deseo y una inmensa apertura para vivir amistades verdaderas, sin el temor o sin el cinismo de muchos adultos que supuestamente “se han dado cuenta que no hay amigos de verdad”. La poca desconfianza y la desprevisión son un rasgo de esta búsqueda de amigos. Obviamente esto tiene sus peligros: la influenciabilidad del grupo, la necesidad de aprobación, de aceptación, de respeto, la necesidad de ganarse un puesto en el grupo de amigos lleva también a muchos desordenes, a hacer cosas de las cuales

muchas veces se arrepienten, a ceder ante la presión del grupo o a buscar exhibirse y lucirse sobremanera.

Sin embargo, más allá de estos peligros, se evidencia una ansia de amistad profunda, y con una característica mas: amistades en torno a ideales. Las barras de fútbol en torno al propio equipo o las muy diversas y variopintas “tribus urbanas”, son evidencias de la necesidad de unirse en torno a ideales (obviamente esto también tiene sus peligros) de protegerse, de estar juntos y de compartir.

Audacia y rebeldía

La audacia y la rebeldía también son un rasgo de la juventud, “el joven de hoy no parece estar dispuesto a guardar fidelidades por mera razón de respeto familiar o convención social” (López Quintás, 1990, p. 20). La afirmación de la propia personalidad y del propio modo de ser, constituyen un factor clave para entender al joven. Estos rasgos mal enfocados son causa de muchos conflictos, sin embargo son también la expresión de la frescura de los años de juventud; del anhelo de grandes ideales, de sueños, del anhelo de justicia, de ayudar a los demás, cosas que muchas veces se van perdiendo con el correr de los años. El dicho muy popular “si uno antes de los treinta no fue revolucionario entonces no vivió la juventud, pero que si después de los treinta lo sigue siendo entonces es un estúpido”, refleja con mucho cinismo de “adulto” esta capacidad que con mucha fuerza vemos en la etapa de la juventud.

Esta audacia aunque también se refleja en el actuar, en muchos aspectos de la vida cotidiana, sin todas las reglas de la recta prudencia, se manifiesta en el lanzarse y en el impulso por donarse a grandes ideales. El deseo de ayudar en causas sociales es una muestra de ello.

Impactos de la cultura actual en el joven

Toda esta situación, con sus retos y bondades, torna muy frágil al joven, lo pone en condiciones tales que tiene que recurrir a lo mejor de si mismo para encaminarse debidamente, para no caer en las mil trampas e ilusiones que buscan distraerlo de lo que puede saciar sus anhelos más profundos.

Existen muchas fuerzas, externas e internas, que amenazan con hacerle perder el rumbo, con hacerle perder la posibilidad de asumir libremente su propio destino y encaminarlo en la dirección correcta.

Superficialidad y actitud acrítica

“*Just do it!*” es el eslogan de una reconocida marca de ropa deportiva. Este conocido y sencillo eslogan expresa de una forma muy clara el mensaje con que la sociedad de consumo bombardea a la juventud: ¡Sólo hazlo!, no pienses, no cuestiones, no seas crítico, no reflexiones. Solo hazlo, solo actúa sin pensar. Obviamente la manera en que se busca que el joven actúe y que obre no es otra que la que la misma sociedad de consumo orienta: vivir la superficialidad, el momento pasajero, derrochar.

Los jóvenes se presentan como un potencial grupo de consumo al cual las marcas y el consumismo quiere seducir, López Quintás (1990) alerta sobre el fenómeno de la manipulación: “indudablemente, hoy existen escuelas de estrategia donde se planifica la subversión de los valores en que se asienta la sociedad occidental. (...) Este método es la manipulación de las gentes a través del lenguaje” (p.31). Fomentar la superficialidad y la actitud poco crítica o totalmente acrítica es el mejor medio para lograr tal cometido.

Fuga de la realidad

“¿Para que preguntarse tanto?” “¿Para que complicarse la vida?” “lo más importante es hacer cosas que nos lleven a sentirse bien”. No es extraño que el joven se encuentre con

estas preguntas y estos criterios que en el fondo buscan hacerlo desistir de su actitud de búsqueda y que llevan al conformismo. La fuga y la evasión se convierten en la forma más fácil y más “efectiva” de huir de la realidad que a veces es dolorosa: los problemas familiares, la presión escolar o universitaria, la soledad, la insatisfacción, el sinsentido de la vida.

Existen muchas y muy sofisticadas formas de huir de los problemas o de los grandes interrogantes. No podemos negar que esta situación ha sido aprovechada por el mercantilismo y el consumismo reinantes, y que además es abalada por el relativismo y el permisivismo moral reinante.

Muchas modas y tendencias actuales traen consigo este “contrabando”: la erotización de nuestra cultura es una de ellas. El sexo desenfrenado y su iniciación desde mas temprana edad es un ejemplo de esto. Los educadores y muchos medios o gobiernos de turno se quejan y se asombran de la cantidad de embarazos en las jóvenes adolescentes, sin embargo muchas veces, al mismo tiempo son los grandes patrocinadores de los métodos anticonceptivos, del preservativo o de campañas de “educación sexual” que terminan desinformando y confundiendo más.

El alcohol y las drogas cada vez mas sofisticadas son también un buen medio de fuga de la realidad, “en el grado límite, la angustia lleva a estados de profunda desesperación. El joven que experimente este modo humillante de abatimiento no encuentra de ordinario otra salida que el viaje sin retorno de la droga o algún otro tipo sucedáneo de vértigo” (López Quintás, 1990, p. 10). Desafortunadamente cada vez son más nocivas y peligrosas y cada vez abundan más en las calles de nuestras ciudades.

Temor al compromiso y mediocridad

Toda esta superficialidad, endiosamiento de lo vano, de la comodidad, del confort, del poco esfuerzo, de lo fácil, de lo que me gusta,

van generando un tipo de nuevos jóvenes: mediocres, sin ideales por los cuales luchar. Por ello cuando hay algo que en verdad exige compromiso, que exige dar su vida, donarse, muchas veces se evade o se le huye:

Cualquier juramento de lealtad, cualquier compromiso a largo plazo (y mucho más un compromiso eterno) auguran un futuro cargado de obligaciones que (inevitablemente) restringiría la libertad de movimiento y reduciría la capacidad de aprovechar las nuevas y todavía desconocidas oportunidades en el momento en que (inevitablemente) se presenten. La perspectiva de cargas con una responsabilidad de por vida se desdeña como algo repulsivo y alarmante. (Bauman, 2008, p. 28).

Esta actitud muy bien descrita por el sociólogo polaco muy probablemente constituye el fondo del problema de muchos matrimonios de los jóvenes de hoy: el temor absoluto al compromiso y el abandono ante la primera dificultad. Esto también se ve reflejado en el temor al compromiso que exige la vida religiosa.

Conclusión

El siglo XXI se presenta cargado de desafíos para el ser humano. Vivimos en un mundo en el que los cambios son cada vez mas rápidos y más profundos. Dichos cambios parecen mostrarnos que nada es estable y que nada permanece. Podríamos decir que quizá la única concepción filosófica que se acepta en la actualidad es la visión relativista en dónde no hay posibilidad de conocimiento de la realidad. Dicha concepción filosófica se plasma, entre otras cosas, en una Modernidad líquida (Bauman, 2013) que suscita el olvido de la naturaleza humana, así como la cultura light en la que no es posible que algo sea duradero.

El pensamiento relativista y desconfiado de la razón marca especialmente la filosofía de la educación. Por eso podemos afirmar que vivimos en una cultura educativa que se ocupa mucho del “cómo” enseñar, de

la forma, pero que ha olvidado la pregunta clave acerca del “para qué” de la educación: ¿Para qué educar al hombre? Una cultura en la que las ciencias sociales y humanas han dejado de tener importancia en los diferentes currículos de enseñanza media y superior, pues la calidad de la educación comienza a ser medida, como en tiempo de los sofistas, según estándares de utilidad.

Ante tales retos la pregunta por la posibilidad de formar a la persona humana y por lo que significa en sí mismo la educación, se manifiestan como interrogantes urgentes que debemos nuevamente enfrentar.

Referencias bibliográficas:

- Barrio J.M. Elementos de antropología pedagógica. Madrid: Rialp. 2010, 136 p.
- Barrio J.M. La gran dictadura. Madrid: Rialp. 2011, 319 p.
- Bauman Z. Modernidad líquida. México: Fondo de Cultura Económica. 2003, 232 p.
- Bauman Z. Los retos de la educación en la modernidad líquida. Barcelona: Gedisa. 2008, 46 p.
- Benedicto XVI Papa. Mensaje Sobre la tarea urgente de educar. Roma. Consultado en febrero 25 2015 Disponible en http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/letters/2008/documents/hf_ben-xvi_let_20080121_educazione_sp.html
- De Prada J.M. La nueva tiranía. Madrid: Libroslibres. 2009, 350 p.
- Francisco Papa. Exhortación apostólica Evangelii Gaudium. Bogotá: San Pablo. 2014, 262 p.
- Juan Pablo II Papa. Discurso en la inauguración de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Puebla, México. 1979.
- López Quintás A. Formación de la juventud en la sociedad actual. Lima: VE. 1990, 207p.
- Platón. La República. Madrid: Espasa. 2011, 431 p.
- Terán J. El Agnosticismo funcional en el mundo de hoy. *En*: Desafíos para el tercer milenio. Lima: VE. 1997, p. 95-108